

Modu entona una dulce melodía.  
Se había despertado hacía un buen rato.  
Tenía los ojos abiertos y miraba al techo completamente abstraído.  
Compartía habitación con varios amigos que se habían ido a tocar al Rastro, donde miles de personas se daban cita religiosamente los domingos.  
Todos los que allí se congregaban pretendían conseguir alguna ganga, y se afanaban como si en ello se les fuera la vida.  
Se trataba de miles de ateos, nihilistas, que creían que la materia era superior al espíritu.  
Pensaban que la posesión de algún objeto relativamente lustroso les convertiría mágicamente en seres más pudientes.  
El poder se apropiaba de su voluntad, dirigiéndolos hasta allí como sonámbulos.  
Llenaban los vagones del metro y las calles que bajaban desde la plaza de Cascorro hasta la ronda de Toledo como gotas de agua arrastradas por la corriente.  
Gastaban para ser más, y trabajaban para tener más, mientras semana a semana y año tras año sus vidas no hacían más que menguar.  
Los días laborables eran para trabajar, y los fines de semana para consumir.  
Así funcionaban las cosas en la ciudad.  
Todo estaba perfectamente reglamentado por una especie de ley divina que no se abolvía ni en caso de guerra, pues estaba perfectamente programada en el cerebro de cada individuo desde su nacimiento.  
Gracias a eso las cosas marchaban realmente bien para el capitalismo mundial.  
La religión, en tiempos de abundancia, resultaba superflua, innecesaria para arrastrar a las masas.  
Entre las baratijas podían encontrarse verdaderas reliquias, vestigios de espíritus del pasado, y los nuevos, los futuros, encarnados por las vírgenes, las jovencitas, también se daban allí cita religiosamente cada domingo.  
Para colmar aquello de espiritualidad, entre los músicos celestiales se encontraban sus amigos tocando el tambor.  
Los ritmos senegaleses no estaban inspirados en las guerras tribales, sino en la alegría de las ceremonias y las festividades.  
Ahí radicaba su éxito.  
Sus tambores sabar hacían a los más enérgicos bailar furiosamente hasta ser despojados de sus malos espíritus, de su agresividad.  
Aquella era la esencia del acervo espiritual y cultural de Senegal, y si los españoles lo consumían, aún sin percatarse de ello, sería porque de algún modo les beneficiaba.  
Las masas necesitaban la música porque se trataba del lenguaje universal del alma humana.  
De hecho los ritmos del tambor sabar constituían frases con las cuales se comunicaban entre aldeas separadas hasta por decenas de kilómetros.  
Así que se podría decir que hablaban.  
Quizás supondrían lo que las campanas para los fieles en épocas en las que aún no existían los modernos medios de congregar a los ciudadanos.  
Ahora lo que les unía era consumir, y si ya no acudían a la iglesia, al menos aquellos sonidos llenaban sus corazones de latidos fraternos.  
Los tambores senegaleses que bombeaban sangre a sus venas eran relativamente dulces, armoniosos y delicados en comparación con los de otros países belicistas, cuyos djembes no tenían una misión tanto liberadora como sometedora.  
Por ese motivo la canción que ahora mismo él se encuentra entonando suena tan dulce como si fuera una nana.